

## CAPITULO XIII.

## La torre de la Malmuerta.

(EPISODIO).



HABIA en Baeza por el año de 1457 un antiguo soldado que habia pasado toda su vida en los campos de batalla, y habia medido muchas veces sus armas con los infieles.

Llamábase don Nuño de Haro.

Segundon de una de las más nobles casas de aquellos reinos, habia vivido con poca holgura; pero no habia necesitado los favores de la suerte, porque pasaba la mayor parte del tiempo en su tienda, y la renta del dote que le habia llevado su esposa bastaba á ésta y á su hija doña Clara de Haro para atender á sus necesidades.

En tanto que el guerrero combatia á las órdenes de sus reyes á los mahometanos, doña Blanca su esposa y su hija Clara vivian en Baeza en el mayor recogimiento, y eran estimadas por todo el mundo por su piedad y veneradas por sus virtudes.

Dios no habia querido colmar el deseo de Nuño, que no era otro que el de poder dar á su rey y señor, con un hijo, un nuevo brazo que pudiese blandir la lanza ó esgrimir el mandoble, cuando él, cediendo al cansancio de los años, fuese inútil para el servicio de su patria.

Pero conforme con su suerte, porque tenia en su esposa una angelical compañera y en su hija un tesoro de amor, era feliz cuando despues de algunos meses de ausencia volvía á su hogar y podia contar las hazañas que habia visto, los hechos en que se habia empeñado, á su querida Blanca que le escuchaba con entusiasmo, y á su adorada hija que le oía con admiracion.

Trascurrió el tiempo; Nuño corrió muchas tierras, ganó mercedes, y aunque no viejo todavía, recibió en el combate una herida de tal consideracion, que no tuvo más remedio que retirarse á Baeza y pasar allí una larga convalecencia.

El rey le señaló una pension de cien doblas al año, pagadas de su peculio particular.

En medio del pesar que producía en Nuño la necesidad á que se veía condenado á pasar en el ócio los dias que sus compañeros de armas empleaban en reconquistar nuevos territorios para Castilla, sonreíale la idea de pasar dulces horas al lado de su hija, que se hallaba entónces en lo más hermoso de la primavera de su vida.

Clara acababa de cumplir veinte años, y su peregrina hermosura era la admiracion de cuantos acertaban á verla.

Pero si los encantos de su rostro eran tan grandes, mucho mayores eran aún los encantos de su alma.

Modesta, sin ver más que con los ojos de su madre, compartiendo todo el amor de su corazón con ella y con la virgen, á quien pedía arrodillada todos los dias al levantarse, todas las noches ántes de reclinar su hermosa frente sobre el nevado lecho, que protegiese á su padre y le sacase ileso de los combates, en los que con tanto ardor se empeñaba por defender la Cruz, símbolo de la religion cristiana, contra la Media Luna; en los momentos en que llegó don Nuño á Baeza, sufría la tierna niña una de esas enfermedades que en la adolescen-

cia de las mujeres son los síntomas más ciertos de que el amor ha enviado alguna de sus flechas á su corazón.

Sus mejillas estaban pálidas, sus ojos apagados, y las líneas cárdenas que empezaban á surcar sus mejillas, indicaban bien claramente que el dulce sueño de su inocencia le habia dejado para entregarla en los brazos del sueño del amor.

Su madre doña Blanca habia notado este cambio, y aunque habia adivinado su causa, las apariencias no tardaron en desarmarla, porque por más que hizo, no pudo descubrir si llenaba el pensamiento de la jóven la imágen de algun doncel digno de su cariño.

Clara nunca salia de su casa, á no ser con su madre al templo, ni se asomaba siquiera á ver las flores de su jardín á través de las celosías que cubrían su ventana.

Nadie entraba en su casa mientras don Nuño estaba fuera.

Su madre se habia quedado muchas noches á su lado velando su sueño, y por más que habia prestado la mayor atención á los delirios de su insomnio, no habia oido pronunciar un solo nombre, ni proferir una sola frase que pudiera informarla de su estado.

Don Nuño la encontró de esta suerte á su llegada.

—¿Qué tiene nuestra hija? preguntó con tristeza á doña Blanca.

—Lo ignoro, dijo ésta.

—Y sin embargo, una madre no debe ignorar nunca los secretos de su hija.

—No creo que sea un secreto la causa de su malestar, porque ya lo habria adivinado mi cariño. Tal vez lo que padece es una enfermedad, que se ha apoderado de su cuerpo, y convendria buscar un médico judío de los más sabios para que la observase y la curara.

—O mucho me engaña mi experiencia, ó el mal que siente no lo curan los médicos.

—¿Creeis por ventura, que es amor?

—¿Vos lo dudais?

—¡Oh! Sí; estoy segura de que todavía no se ha despertado al amor el corazón de nuestra hija.

—Observadla más de cerca, y acaso no tardareis en convenceros de que no me he engañado.

En efecto, sus sospechas eran ciertas.

Uno ó dos meses ántes de su llegada á Baeza, habian pasado por la ciudad, y se habian detenido en ella unos cuantos cazadores que desde Córdoba habian ido á pasar unos dias en las sierras, empleando los ocios en que les dejaba el ejercicio de las armas, en combatir con las fieras, despues de haber logrado derrotar á los hombres.

Emparentados algunos de ellos con las más nobles familias de la ciudad, fué ocasion su llegada de grandes fiestas, y entre otras, organizaron una justa, á la que asistieron las familias más principales de Baeza.

Doña Blanca y su hija no pudieron excusarse, y allí fueron tambien.

Entre los nobles paladines habia uno de bizarra apostura, de negros y brillantes ojos, de luenga y rizada cabellera, y tan diestro en el manejo de la lanza, tan arriesgado en el embestir, tan fuerte en el contener, que no tardó en conquistar la admiracion de cuantos asistian á la fiesta, los cuales alabaron grandemente su destreza y su bravura.

Era don Inigo Enriquez de Córdoba, hijo de una de las más nobles familias de Sevilla, que habia logrado distinguirse por su valor en la guerra y por su gentileza en la corte.

Todo en él revelaba la impetuosidad de su carácter.

Su corazón era vehemente en extremo.

El triunfo fué para él, que quedó vencedor en la justa.

• Ninguno de los circunstantes podía suponer que había reparado en la hermosa Clara, cuando se acercó á ella, é inclinándose, la ofreció sus trofeos.

Los ojos de la jóven adivinaron en los de Nuño todo el amor que había en su alma, y desde aquel momento perdió para siempre el reposo.

En aquella primera mirada le había robado el valiente campeón toda su alma.

A Iñigo le había sucedido otro tanto.

Los nobles paladines se alejaron, y no se volvió á hablar en la ciudad más que como un recuerdo de aquella brillante fiesta á que habían asistido.

¿Volvió Iñigo á Baeza?

Esto no lo sabía nadie más que Clara.

El corazón de una mujer enamorada no se engaña nunca.

Aquella misma noche, no pudiendo conciliar el sueño, dejó el lecho, y asomándose á la ventana de su estancia, que daba á un anchuroso prado, se puso á contemplar el cielo.

No había trascurrido una hora, cuando llegó á sus oídos el ruido de los ligeros pasos de un caballo.

El ruido fué haciéndose más perceptible á medida que avanzaba el tiempo.

Poco despues pudo descubrir en medio de las brumas de la noche un jinete de noble ademan, que al llegar cerca de su ventana detuvo el paso de su alazan brioso, se apeó de él, ató las riendas á un árbol, y acercándose á la ventana donde estaba la jóven:

—¿Sois vos, Clara?

Clara no se atrevió á responder.

—¿No me reconocéis?

Desde el principio le había reconocido, porque ni su figu-

ra ni su voz habían podido borrarse de su imaginación y de su alma.

A pesar del temor que le causaba aquella entrevista inesperada á las altas horas de la noche, y pudiendo ser sorprendida por su madre, una fuerza superior la impulsó á pronunciar una afirmación, que animó al caballero á decirle:

—He querido partir y olvidaros, pero me es imposible; teneis algo que me atrae hácia vos; bajo la influencia de vuestros encantos llenais de amor mi alma, y he vuelto decidido á arrostrar todas las dificultades y á vencerlas para acercarme á vos, y deciros que Iñigo Enriquez de Córdoba no puede vivir sin vuestro amor, y está resuelto á pedir vuestra mano á vuestros padres, si le otorgais esta merced.

Aquellas palabras eran las mismas que había creído Clara oír de sus labios desde el momento en que había sentido el fuego abrasador de su mirada.

—¿Qué respondeis á mis ruegos, alma mia? ¿Quereis que venga mi noble padre á pedir á los vuestros lo que más ansío, vuestra mano?

—Sí, dijo Clara, venciendo su natural timidez.

—Pues bien; me dais la vida, y yo os ofrezco consagrarla á vuestra felicidad. Dentro de pocos días volveré á sacaros de aquí como esposa, para llevaros al palacio de Córdoba.

Iñigo partió, y Clara experimentó la dulcísima felicidad que ofrece la esperanza á los que se dejan arrebatados por sus amantes brazos.

Clara esperó algunos días.

Su madre no pudo ménos de descubrir la inmensa dicha que había en su corazón, y que no siendo bastante á contenerla, rebotaba en sus ojos.

¿Cómo no había de suceder!

Jóven, pura, vírgen de todas las emociones de la vida, sin

que hubiera llenado su existencia más que el entrañable cariño que profesaba á su madre y el sentimiento religioso que le habia inspirado la cariñosa autora de sus días, sin haber abrigado más deseo, natural era que aquel nuevo sentimiento ejerciese una influencia trascendental en su porvenir.

No habia duda.

Su corazón habia nacido bajo la influencia del amor.

La imagen de don Iñigo no se separaba de su mente.

A todas horas le veia en su pensamiento, y no cesaban de resonar en su oído las palabras amorosas que habia escuchado.

Cuando su madre le preguntaba la causa de su inquietud, ponía el mayor cuidado en ocultárselo.

La que habia sido siempre buena y no habia negado nada á su madre, bajo la influencia del amor que sentia, faltaba á sus deberes de hija.

Pasaron algunos días, y la inquietud y la zozobra de Clara se aumentaron.

Iñigo no volvió.

¿La habria engañado?

¿Cómo habria podido gozarse en conquistar un corazón para condenarle al olvido?

¿Le habria ocurrido alguna desgracia?

¿Habria tenido que salir á la guerra y perecer en el combate?

Y lo que era aún peor; ¿habria encontrado alguna mujer más bella, más seductora que ella, y la habria olvidado para rendir tributo á aquella nueva hermosura?

Clara era tambien muy vehemente.

Antes de comprender el amor, sufría los celos.

Como no podia desahogarse su alma, su tormento era mayor. Habia pasado un mes, é Iñigo no habia vuelto.

Trascurrió otro y su ausencia duraba.

Cuando don Nuño volvió á su hogar, halló á su hija enferma, porque no habia vuelto su amante.

Todas las pesquisas que habia hecho doña Blanca para comprender la causa del malestar de su hija, habian sido inútiles.

Ningun galán habia rondado su casa.

Ninguna serenata habia resonado en la calle, y estaba segura de que no era el amor la causa de la enfermedad de su hija.

Llegó á agravarse tanto, que mandaron á buscar á Córdoba un médico afamado, que habia estudiado la ciencia con los moros, tan adelantados entónces en la medicina.

Al ver el efecto que produjo la jónen en el médico, al notar los estragos que el mal causaba en ella, temieron por su vida.

Sus fuerzas se habian debilitado de tal modo, que una noche la contaron por muerta.

Al día siguiente, despues de algunas horas, pasadas en la más horrible agonía, llegó á oídos de la pobre Clara el sonido de los añafles y atabales.

En la estancia contigua á la suya pronunciaron algunas palabras, que tambien recogió.

—¿Quién ha llegado? preguntó uno.

—Es un noble señor de Córdoba, que viene con su padre, con gran acompañamiento de nobles y un numeroso séquito de pajes y escuderos.

—¿Cuál es su nombre?

—El jónen es don Iñigo Enriquez de Córdoba.

Este nombre le oyeron á un mismo tiempo Clara y su madre, que velaba á su lado.

Produjo tal efecto en la primera, que la segunda se asombró al ver que la débil niña, que no tenia fuerzas para soste-

nerse, se incorporó en el lecho, y cogiendo las manos de su madre, las cubrió al mismo tiempo con sus besos y sus lágrimas.

—¡Madre mia, madre mia! exclamó, soy muy feliz, soy muy feliz: él viene, y me va á dar la vida.

Doña Blanca descifró entónces el misterio que no habia podido averiguar.

Poco despues resonaron en el patio de la casa las pisadas de los caballos, y don Nuño no tardó en recibir en su estrado á Iñigo y á su padre.

Este, con toda la solemnidad que exigian las ceremonias de aquellos tiempos, le pidió para su hijo la mano de la hermosa Clara.

Era tanto el honor y tanta la merced que hacia el noble padre de Iñigo al pedir la mano de doña Clara de Haro á don Nuño, que recibió con la mayor alegría aquella súplica, no sólo porque ya tenia noticias de las altas prendas del pretendiente, sino porque con esta súplica devolvía la tranquilidad á su alma al ver que su hija mejoraba notablemente.

Los motivos que habian retardado la llegada de Iñigo no eran los que Clara habia sospechado.

Su padre, ántes de conocer sus intenciones, habia concertado su casamiento con la hija de un deudo suyo, y no habia accedido á los ruegos de Iñigo hasta convencerse plenamente de que si no le daba su bendición, estaba resuelto á obligar á Clara á que le siguiese y á partir con ella muy léjos, donde pudieran vivir de su amor.

Para vencer la obstinacion del autor de sus dias, habia necesitado tiempo.

Clara le perdonó la tardanza, porque su dicha era tan grande, que el presente le hacia olvidar el porvenir.

Restablecida Clara, pocos dias despues fué llamada á la estancia de su padre por un paje.

El noble don Nuño de Haro se hallaba sentado en un ancho sillón de vaqueta, y viendo entrar á su hija, la dijo:

—Ya sabrás, Clara, que el padre de Iñigo me acaba de pedir tu mano, y al concedérsela he creído que cumplía con un noble deber haciéndote dichosa.

—Sí, padre mio; amo á Iñigo, y su ausencia era la causa de mi mal. Creí que me habia olvidado, pero le he visto, le he hablado y me ha explicado satisfactoriamente la causa de su tardanza.

—¡Sé feliz, hija mia! Yo te bendigo.

Clara se arrodilló delante de su padre, y éste imploró la bendición del cielo para aquella alma pura, dándole al mismo tiempo la suya.

Las bodas se celebraron con gran solemnidad en Baeza, y quince dias despues de la llegada de la comitiva á la ciudad, unidos para siempre con indisolubles lazos, salió la jóven desposada con su señor y dueño, para vivir en el palacio que debia servirles de morada en Córdoba.

Un año trascurrió para ellos, brindándoles las más dulces felicidades.

—No tenia igual en el mundo su amor.

Gozaban tanto, que creían que su dicha seria eterna.

Y sin embargo, cerca de ellos velaba una mujer celosa, que habia sido despreciada por Iñigo; la que su padre le habia destinado para esposa, la que le habia visto prosternado á los piés de la hija de don Nuño de Haro.

Cuanto mayor era la ventura de los dos esposos, más terrible, más vehemente, más implacable era su sed de venganza.

Los celos la habian enloquecido.

Si ella hubiera podido dar su vida por la desgracia eterna de Iñigo y de su esposa, la habria sacrificado sin vacilar.

Cómo no podía recurrir á la fuerza para vengarse, recurrió á la astucia.

La mujer vengativa es la culebra que paga al que la guarda en su pecho para darla calor, inoculando en su corazon el veneno que lleva en sus afilados dientes.

Hé aquí lo que pasó.

## CAPITULO XIV.

### Un crimen y un castigo.

(EPISODIO).



ELVIRA de Pantoja se habia quedado huérfana en el albor de su infancia.

Su padre, que desempeñaba un oficio de los más importantes en la corte del monarca anterior á doña Isabel, don Enrique su hermano, se habia casado en segundas nupcias con una jóven que llevaba cinco ó seis años á su hija.

Elvira se vió poco ménos que abandonada al cuidado de un aya.

Esta mujer era una solterona de cuarenta años, que habia sido virtuosa por necesidad.

Era bastante fea.

En su soledad con la niña, despertó en su alma gran horror á los hombres.

Cuando Elvira llegó á los quince años, su madrastra tenia veintiuno, y comenzó à envidiar la peregrina hermosura de la niña.

Los triunfos que alcanzaba en las justas Elvira, inspiraron á su madrastra el deseo de castigarla, y obtuvo de su esposo que la llevase á un convento, procurando, por debajo de cuerda, que la catequizaran para que abandonara el mundo por el claustro.